

MASTOLOGÍA

¿POR QUÉ UNA ESPECIALIDAD?

La evolución histórica del conocimiento humano se ha caracterizado, entre otras cosas, por sufrir una constante y profunda metamorfosis. Con un afán meramente simplista podría decirse que la ciencia, como parte de esta natural evolución, no es otra cosa que sucesivos cambios que sostienen, corrigen o modifican la perspectiva de los hechos.

Resulta innegable que convivimos con una "aceleración" de sucesión de eventos, que a manera de reacción en cadena generó el concepto de "taqui-historia". Se acepta que este desarrollo ha registrado una transformación exponencial, estimándose que la información se duplica en breves períodos.

La medicina no sólo ha sido actor y parte de este fenomenal progreso, sino que, no conforme con ellos, reclamó y exigió para sí estar en imprescindible consonancia espiritual con la transformación ocurrida en la vida humana.

Éste, cada día más renovado y firme modelo médico como fiel expresión de nuestra vocación, constituye permanentemente fronteras inalcanzables para la actividad de un solo individuo. Por ello, como parte de espontánea y obligada respuesta práctica, la medicina debió necesariamente fragmentarse. Queda claro entonces, desde toda percepción lógica, que resulta inaceptable el ejercicio de la profesión como un "todo" universal. De hecho, imposible de instrumentar en las manos y mente de una sola persona.

Puesta la evidencia de esta forma, el tiempo y las nuevas condiciones fueron generando una particular y extensa gama de parámetros divisorios. Hubo quienes se "especializaron" de acuerdo a distintas perspectivas, así quienes en las enfermedades de una etapa de la vida (pediatría, gerontología), otros en las de órganos o sistemas (gastroenterología, neurología) como los que lo hicieron directamente por patologías (oncología, infectología) por sólo mencionar alguna de ellas.

Hoy definitivamente aceptamos como verdad irrefutable que el tratamiento

de toda enfermedad debe estar en manos de quien ha alcanzado la máxima condición de conocimiento y habilidad para la patología en cuestión. Viene a mi memoria un viejo y agudo aforismo popular: "cuando el conocimiento esta dado al tiempo en que se vive, la ignorancia médica puede ser criminal". A pesar de la cruda realidad que este aserto manifiesta, pone en evidencia la inexcusable condición no sólo cognoscitiva sino también ética y moral de aquel que decida enfrentar la atención de toda patología.

Sin embargo, lejos está la sentencia de comprender e integrar lo que hoy admitimos como especialización. Resulta insuficiente saber "el por qué" sin "el cuando, el cómo y el cuál". A la experiencia se accede de forma gradual y esforzada a través de la información, la formación y la reflexión. Es necesario recorrer el arduo camino del aprendizaje, único proceso adecuado para adquirir la actitud, la aptitud y el conocimiento válidos para la conceptualización integradora de la atención del bien más sagrado: la vida.

Un "especialista" no es un práctico que resuelve una dificultad ni un teórico que, aunque plantea la solución, sólo se remite a describirla correctamente. Por el contrario la especialización nos exige reunir cualidades que, en adecuada proporción, nos permitan entender desde la magnitud del problema a acompañar en forma personal a aquel que demanda nuestra atención. Verdaderos propaladores y multiplicadores de salud.

Me parece interesante agregar una pequeña nota escolástica a esta editorial. Un famoso médico, Mosés Ben Maimón, conocido por el nombre de Maimónides. Nacido en España en 1135 y que vivió en el Oriente, donde ejerció como médico para el Sultán de Egipto, expreso en una de sus doctrinas acerca del tratamiento de pacientes: "... uno debe considerar al paciente en particular, al tiempo en particular en la vida del paciente y su particular constitución, puntualizando, no traten a todos como si fueran el mismo".

Los médicos debemos considerar cada paciente en forma particular sin por ello perder de vista el amplio sentido de la salud. Si practicamos la medicina en forma inteligente, comprendiendo la biología y la fisiopatología de las enfermedades desde la visión integradora que la salud comprende al completo estado de bienestar biopsicosocial, tendremos la posibilidad de cometer menos errores o bien prevenir los efectos adversos de nuestras prescripciones o tal vez sostener con más firmeza que el hombre sano no sólo es el que logra la "curación" sino aquel que previene sus afecciones.

Tal como mencioné, los avances científicos impregnaron a la medicina de

la inevitable división en áreas o más específicamente en especialidades y hoy pareciera no haber dudas los beneficios que esto significó.

La investigación de las enfermedades de la mama constituye un área que ha acompañado a la evolución anteriormente mencionada, de hecho una de las afecciones que más frecuentemente padecen las mujeres se remiten a la glándula mamaria motivando por ello la atenta vigilancia, particularmente, de ginecólogos y cirujanos entre otros.

Esta situación y la observación de modificaciones en la incidencia de las afecciones malignas provocó un espontáneo aumento del interés público y profesional, que requirió una atención más dedicada. El tiempo y la necesidad de asistirles hicieron el resto.

El potente impacto socioeconómico que lo expuesto generó fue argumento suficiente para que los profesionales más cercanos a estas afecciones se unieran en un espacio académico común: las sociedades.

En definitiva, lo que dio vida y sentido a estos grupos médicos fue la necesidad común de "capacitar para reducir". Capacitar a quienes por vocación pudieran responder adquiriendo conocimiento, logrando aptitudes, acreditando destrezas como avales éticos para el ejercicio de la especialidad. Especialidad que, al igual que todas, tiene como fin último la reducción de todas las tasas de incidencia de las enfermedades que la convocan.

Paradójicamente para alcanzar estos logros resulta insuficiente la mirada patológica. Es preciso una visión más integradora, pues creo que es inconcebible la enfermedad sin entender la salud. Por ello cada vez resulta más esencial resaltar que tanto prevenir como preservar la salud son instancias superiores.

Nuestra especialidad se conforma básicamente por un grupo interdisciplinario y de hecho aun hoy es materia opinable para ginecólogos, obstetras, cirujanos, oncólogos, imagenólogos, entre otros. Muchos de ellos participan en la atención de la paciente, pero no cabe duda alguna que al igual que un barco sin timón va a la deriva, el destino de la salud como la enfermedad sin conducción pertenecen más al azar que a la ciencia.

Deben comprenderse bien mis palabras, no deben interpretarse como un erróneo "canibalismo" entre especialidades, pues esto sería más que una vuelta al pasado, una condena al presente, un eterno y paradójico empantanarse en la fugacidad del tiempo.

El mastólogo, como natural e idóneo referente, tiene la ineludible obligación no sólo de sumar y guiar voluntades; más que eso, debe ser el garante competente para conducir y acompañar corresponsablemente a toda mujer que, sana o enferma, desde el punto de vista mastológico nos lo demande.

No se trata de creer que sólo habilidades o concepciones teóricas son suficiente razón de idoneidad objetiva para conducir las decisiones de todo grupo interdisciplinario. Tal como expresara, resulta insuficiente saber "el por qué" sin "el cuándo, el cómo y el cuál", es por ello que estoy absolutamente convencido que sólo da la respuesta correcta quien, capacitado para ello, puede conceptuar, integrar y conducir.

Para finalizar creo todos sentimos que el paradigma de la modernidad con su idea de individualismo ya no sirve o al menos no conforma y que sólo el trabajo mancomunado resuelve acabadamente las expectativas sociales. Sin embargo, creo que el beneficio de preservar la figura del especialista como máximo referente, supera holgadamente el riesgo de llegar a perder el sentido que guía nuestras conductas.

Prof. Dr. Roberto J. Elizalde